

ACOGER AL POBRE ES ACOGER A JESÚS¹⁵

El escándalo de la persona con un grave *handicap* mental y el escándalo del Evangelio

Al cabo de dieciséis años en el Arca me doy cuenta cada vez más del escándalo que representa la persona con un *handicap* mental, especialmente si ese *handicap* es grave: escándalo para la sociedad y a menudo también para la familia. Y empleo la palabra escándalo en su sentido etimológico: piedra de tropiezo.

Las sociedades primitivas mataban a los niños que nacían lisiados. A ello aluden Aristóteles y Platón. ¿Se pueden calificar de humanos seres que no razonan ni hablan? En algunos hospitales se los califica de “vegetales”.

El Profesor Minkowski, en *Paris-Match* del 3 de octubre de 1980, dice que él optaría por suprimir a los niños prematuros cuando presentan *handicaps* mentales graves, a causa de la angustia que representan para sus padres.

Nada peor para un matrimonio que tener un hijo con un *handicap* serio. ¿Tenemos derecho a condenarlos a esta desgracia? ... Hay que comprender que puesto que la sociedad no cumple siempre con su obra, ni para la prevención de los accidentes del embarazo, ni para la ayuda a los discapacitados, una pareja que tenga un hijo gravemente disminuido no tiene la posibilidad de sobrevivir psicológicamente. La muerte del niño hubiera sido la solución natural. Debemos pues asumir nuestras responsabilidades... No tengamos miedo a las palabras. Ya se trate de aborto o de eutanasia, pienso, en efecto, que se trata de verdaderas ejecuciones, lo que equivale a decir qué grave son las decisiones, muy raras, que hemos debido tomar.

Es evidente que yo no puedo estar de acuerdo con esta manera de razonar. El mismo razonamiento podría aplicarse en el caso de un niño atacado de meningitis a los dos años o de un accidentado en el trabajo. Pero la comprendo. Mirado desde ciertos ángulos, parece *insensato* gastar muchas energías humanas y mucho dinero para que un niño con un *handicap* mental grave pueda hacer mínimos progresos.

En el hogar donde yo vivo, somos –incluido el personal de noche– 17 asistentes, para 10 personas con *handicaps* muy graves! Y ninguna de ellas –muy probablemente– jamás será capaz de hablar ni de hacer algo constructivo con sus manos. Según los valores de la sociedad, según sus normas de eficacia, esto es locura y escándalo.

¿Cuál es nuestra responsabilidad como discípulos de Jesús frente a este escándalo?.

Pienso que no es cuestión de condenar al Profesor Minkowski o a otros que, como él, proponen la eliminación del más pobre. Lo que hay que hacer, más bien, es acoger a los pobres que ellos quieren suprimir y dar testimonio del amor que Dios les tiene. Pues, como lo sabemos, por el bautismo han sido hechos hijos de Dios y morada de la Santísima Trinidad. Son miembros plenos del Cuerpo Místico. Son hermanos y hermanas nuestras en Jesús.

¿Acaso el Evangelio no es todo él un escándalo? Invierte todos los valores establecidos.

¹⁵ De *Vie consacrée*, 15 de marzo de 1981. Tradujo: Hna. Paula Debussy, osb. Abadía de Santa Escolástica. Buenos Aires – Argentina.

¡Ay! de vosotros los ricos, los que están hartos,
¡Ay! de vosotros cuando todos os alaben!
Bienaventurados los pobres...
Bienaventurados los que tienen hambre...
Bienaventurados los que lloran...
Bienaventurados los perseguidos...

Los ricos, los “normales”, las personas “bien”, fueron invitados al banquete de bodas. Pero estaban muy ocupados para asistir. ¡Mientras que los pobres y los cojos llegaron corriendo!

Los primeros serán últimos, y los últimos primeros (*Mt 20,16*).

Derribó a los poderosos de sus tronos;

Levantó a los humildes (*Lc 1,52*).

Te alabo, Padre, porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeños (*Mt 11,25*).

Y san Pablo hace notar con fuerza esta locura del Evangelio: El lenguaje de la cruz es locura para los que se pierden, pero para los que se salvan, para nosotros, es fuerza de Dios. Porque está escrito: “Destruiré la sabiduría de los sabios; abatiré la inteligencia de los inteligentes”. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el hombre culto? ¿Dónde el razonador sutil de este mundo? ¿Acaso Dios no ha demostrado que la sabiduría del mundo es una necedad? La necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres (*1 Co 1,18-25*).

Y san Pablo continúa: “Ha elegido Dios lo débil y lo necio del mundo para confundir a los sabios y a los fuertes”.

Sí, la persona con un *handicap* mental grave es escándalo y locura para la razón, para la sociedad y, a veces, para la familia. Hay que hacerla a un lado, tal vez, suprimirla.

Pero para Jesús y el Evangelio, esa persona se torna fuente de vida. “La piedra rechazada se ha convertido en piedra angular” (*1 P 2,7*), dice Pedro hablando de Jesús. ¿No se podría decir algo parecido acerca de las personas discapacitadas?

En el Arca descubrimos que los pobres nos evangelizan. Abren nuestros corazones y nos revelan el verdadero rostro de Jesús y de su misión.

En estas líneas, querría dar testimonio de lo que el pobre nos da y cómo nos ayuda a cicatrizar nuestras propias heridas.

El pobre, profeta del corazón

En el Arca y en las diversas Arcas, diseminadas en todo el mundo, por la gracia de Dios y con la ayuda de las instancias gubernamentales y de amigos, hemos podido acoger personas débiles, prisioneras de su soledad y de su tristeza, perdidas, soportando *handicaps* mentales más o menos pesados. La mayoría de ellas vienen de instituciones donde, a veces, estaban cuidadas y alimentadas, pero donde no habían encontrado el calor familiar y las relaciones de amistad, que era lo que más necesitaban. Es una gracia poderlas acoger y constituir con ellas una comunidad.

Poco a poco fuimos descubriendo que, si bien les proporcionábamos algo, ellas nos daban mucho más al atraernos hacia los valores del corazón y suscitando en nosotros lo mejor: nuestra capacidad de amar y de ponernos al servicio *de personas*.

El pobre es profético. Grita. Nos llama a cambiar, a abandonar nuestros egoísmos para abrirnos a un compartir.

¿Qué pide? Ser amado y reconocido como persona como usted y yo, con un amor que no es sentimentalismo sino compromiso. Un amor que sea una mirada atenta y comprensiva; un deseo de que el otro se encuentre cómodo en su cuerpo y en todo su ser; que progrese y desarrolle sus posibilidades, a menudo muy escondidas. Un amor que sea cariño, confianza y esperanza.

El rostro del pobre tal vez está deformado, su cuerpo torcido, su razón poco despierta. Pero en lo más hondo tiene un corazón que espera. No necesita palabras; no las comprende. Necesita un contacto que le de seguridad, una voz suave cuyo tono le diga: “estoy contento de estar contigo; andemos juntos”. A veces, por cierto, necesita firmeza. Pero si el niño o el adolescente se sabe amado, si hay confianza mutua, acepta esta firmeza. Ve en ella una esperanza de vida.

El pobre exige tiempo

Para que la persona que soporta el peso de un *handicap* grave vuelva a tomar gusto a la vida y tenga una esperanza, para que pueda tener confianza en sí misma y en otros, es necesario que descubra otro corazón que vibre al contacto con el suyo. Es necesario que pueda crear una relación de amor auténtica, y fiel. Si no encuentra ese corazón, si permanece sola, sin amigos, con ese sentimiento de “no servir para nada”, hecha a un lado, se encierra en la tristeza. Se siente inútil. Su vida no tiene sentido. Se hunde en la depresión, se niega a comer, rechaza el vivir. Hace gestos de auto-destrucción: se golpea la cabeza, grita y da alaridos, o bien se encierra en una prisión de silencio y de soledad.

Pero si encuentra un corazón acogedor que le dice: “te quiero” y le revela que es hermosa, que se hace querer y que es capaz de algo, entonces, lentamente, comienza a vivir. Come y sonrío; la vida se despierta poco a poco; su cuerpo se distiende; su semblante refleja una alegría serena, una beatitud.

El pobre que está quebrado por la enfermedad y el sufrimiento pide una sola cosa: un corazón que lo ame y quiera servirle con empeño; que esté lleno de esperanza a su respecto. Para que se establezca esta relación de confianza hace falta tiempo.

Una relación verdadera es la que ha pasado por la prueba del tiempo. “¿Realmente soy importante para ti, valgo para ti? ¿Quieres que crezca? ¿O me vas a dejar si encuentras a alguien que te interese más que yo? ¿Realmente me quieres?”. El tiempo responde a estas preguntas, el tiempo y el amor.

Cuando estoy seguro de que me aman, cuando puedo contar verdaderamente con alguien que confía en mí, entonces todo cambia. ¡Tengo un amigo! Se puede compartir pensamientos y sentimientos, uno puede ayudarse mutuamente. La vida comienza o recomienza. Estoy afirmado en mi ser profundo. Soy amado: luego tengo importancia. No necesito destruir, ya sea los objetos, ya sea las personas o yo mismo. ¡Puedo construirme y construir a los otros, a la comunidad! Todo esto toma su tiempo.

¿Cuál es el corazón que está dispuesto a empeñarse en este servicio a personas pobres, desprovistas de todo? He aquí una pregunta y un desafío.

El rico atrae naturalmente nuestra sensibilidad. Nos trae algo o puede traerlo. El pobre clama, y su clamor tiene algo de exigencia. Tal vez pide dinero; tal vez, tiempo; sobre todo, pide nuestro corazón, nuestra amistad y nuestro amor.

El mundo no tiene tiempo ni dinero que perder con los “inútiles”, los “discapacitados”, los “idiotas”. La prioridad se halla en otra parte. Y en cada uno de nosotros existe ese rico que no tiene tiempo que perder con los “inútiles”. En cada uno de nosotros existe ese rico que rehúsa la invitación al banquete de bodas:

Acabo de comprar una yunta de bueyes, un terreno...

Debo casar a mi hija...

Tengo cosas que hacer, gente para atender, un libro que leer, cosas para escribir, quehaceres,... quehaceres...

Además, estoy cansado, la caridad comienza por casa.

Mi comodidad, mi seguridad, mi posible promoción...

La televisión, el cine, quehaceres, quehaceres... y estoy cansado.

Lo que el pobre espera es un encuentro de gratuidad y de amor, en el que se le considere como persona y en el que no se tema “perder el tiempo”. Espera una relación que en sí misma tenga algo de absoluto, un compromiso. Pero el hombre tiene miedo de amar, porque amar es comprometerse con las personas. Es morir a sí mismo: a sus comodidades, a sus facilidades, a su riqueza, a su empleo del tiempo, a su tiempo libre, a su cultura, a su reputación, a sus éxitos, y tal vez a sus amigos. Y es absorbente vivir con el pobre desprovisto de todo. Es absorbente, porque no sabe hablar, o caminar o valerse por sí mismo. Es absorbente porque necesita tener a alguien cerca suyo casi todo el tiempo.

Este clamor del pobre es exigente. Y nosotros... no tenemos tiempo.

Tal vez sea fácil encontrar de paso a una persona herida. Puede constituir una hermosa experiencia. Es bastante fácil acompañarla algunos meses. Es fácil trabajar cerca de ella como profesional durante un tiempo limitado. Pero ella requiere algo más. Requiere que alguien esté a su lado en los momentos de alegría y en los momentos duros; alguien que no sea ni sentimental ni superprotector; alguien que la aliente y la llame a la vida; alguien que sea signo de la ternura de Dios y de su fidelidad a través del tiempo; alguien que le revele su don, el sentido de su vida y que la reciba y la ame tal cual es.

El pobre llama a un cambio

Jesús miró al joven rico y lo amó y le dijo: “Una sola cosa te falta, ve, vende lo que tienes y da su precio a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo, luego ven y sígueme”. El joven se fue triste porque tenía muchos bienes (*Mc 10,21*).

El pobre es profético. Llama a un cambio. Llama a un nuevo estilo de vida, al encuentro y a la fiesta, a compartir y a perdonar. El rico tiene miedo y se encierra en su riqueza y en su soledad, en su hiperactividad y sus tiempos de ocio.

El rico rechaza al pobre porque este lo llama a un encuentro de cariño, de corazón a corazón. El rico no sabe si es capaz de responder a este llamado. Es instruido, inteligente; ha desarrollado toda su capacidad de eficacia y de razonamiento, pero su corazón está subdesarrollado, atrofiado. ¿Tiene miedo tal vez?

Este encuentro de corazón a corazón no es sentimentalismo, ni una emoción pasajera, ni romanticismo ni una experiencia de sexualidad. Es un encuentro profundo, un compromiso, un compartir, un verdadero interés por el otro. Está hecho de delicadeza, de fuerza, de confianza en el otro y de agradecimiento por sus dones.

Para salir de su soledad, de la prisión en la que se ha encerrado, el rico tiene necesidad del pobre. El peligro que lo acecha es el de la autosuficiencia y el encierro en sus seguridades, su ciencia y su poder. El pobre viene a molestarlo.

Si él se deja molestar, entonces el milagro podrá producirse. El pobre penetra a través de los barrotes de su prisión. La mirada del pobre penetra en su corazón para despertarlo a la vida. Se produce entonces el encuentro. El rico descubre su propio corazón, que comienza a vibrar y a amar; descubre también sus miedos, sus barreras, su refinamiento, sus seguridades.

Si el rico, conmovido en su corazón, se deja arrastrar por el llamado del pobre, descubre poco a poco un poder, una energía escondida más honda que sus conocimientos y su capacidad de acción. Descubre el poder de su corazón, hecho para el encuentro, para el servicio y para ser signo del amor de Dios. Descubre el poder de la ternura, de la bondad, de la paciencia, del perdón, de la alegría y de la celebración! Comienza a brotar una fuente que hasta entonces estaba cercada.

Lo mismo ocurre en la maternidad y la paternidad humanas: la madre y el padre se gozan con la presencia de su hijo; su debilidad los invita a un compromiso frente a él, a tornarse responsables. Lo conducen, lo aman, velan por él. Pero, al mismo tiempo, el niño les da vida. Les enseña a amar, a darse, a superarse. Y cuanto más se dan, tanto más reciben; están colmados por la sonrisa y la mirada de amor del hijo. Están colmados por esta comunión. La madre aprende a interpretar el grito de su hijo. La mirada de su corazón, su intuición amante, le hacen comprender el mensaje contenido en ese grito. Así aprende a darle respuesta. El pequeño no sabe hablar pero necesita ser comprendido.

Lo mismo vale para quien tiene un *handicap* mental y no sabe hablar. Necesita alguien cerca suyo que comprenda su lenguaje no verbal. Para crecer, desarrollarse y ser feliz, necesita ser comprendido; necesita tener comunicación.

De manera misteriosa, el débil enseña al fuerte a amar. Le enseña a ser delicado y a estar atento. Poco a poco le van enseñando a tornarse vulnerable, a hacer caer las barreras tras las cuales se esconde. Suscita en él energías nuevas, apelando a lo más profundo que hay en él. Lo ayuda a desarrollar la inteligencia de su corazón, la mirada de su corazón.

Este amor nuevo quita seguridad. Esta nueva surgente que uno no puede dominar aún puede inquietar, pues se ignora hasta dónde puede conducir. Hasta dónde hay que dejar que el pobre lo moleste.

Poco a poco el rico empobrece; se aleja de los valores de la sociedad, de los valores del éxito, del tener, del poder y de la seguridad. Hasta puede irse a vivir con el pobre, abandonando definitivamente su cultura de "rico". Se hace pobre para responder al llamado del pobre. Su pobreza y su inseguridad se acercan entonces a la pobreza y a la inseguridad del pobre. Devienen hermanos. Los corazones de ambos despiertan y se enriquecen; la vida fluye.

Para tener este corazón atento al pobre hay que estar disponible y en paz. Si se está lleno de deseos, de ilusiones, de frustraciones, si sólo se piensa en sí y en su propia comodidad, si se está enervado o irritado, no se puede estar presente; no se puede escuchar el grito del pobre ni comprender su lenguaje. El débil nos exige la paz del corazón, la presencia. Siente enseguida nuestra nerviosidad. Detecta inmediatamente la hipocresía y la mentira. Exige un amor auténtico.

A imagen de María

María amaba a su Dios, el Verbo, no sólo con las facultades de su alma y su voluntad sino también con todo su corazón. Todas las potencias y las energías que la naturaleza da a la mujer, su instinto maternal, estaban al servicio de su amor por Jesús. Lo amaba con todo su corazón,

espíritu y sensibilidad honda. Esa sensibilidad y ese corazón estaban henchidos de gracia, pues ella es la Inmaculada, llena de gracia. Todos sus gestos de madre: dar de comer y lavar a su hijo, jugar con él, estaban impregnados de gracia y de oración. Ella manifiesta al Verbo encarnado, Hijo del Padre, la ternura del Padre. Todo su corazón de mujer y de madre están al servicio de este amor del Padre.

La persona que soporta un *handicap* pesado –y en general toda persona– necesita sentirse amada de corazón. No puede aceptar ser amada “por deber”. Necesita sentir una sensibilidad que vibre con la suya, un corazón feliz, vibrante y dilatado en y por su presencia. Necesita sentir que proporciona alegría.

Normalmente una mamá es amada por su marido. Y el hijo es el fruto de su mutuo amor. El amor que ella tiene a su hijo brota de la relación de amor de la pareja. Por eso, este amor es libre y oblativo. El hijo da a su mamá; la colma con su cariño y su amor. Ella se goza en su presencia, pero su amor no es captativo.

El peligro que acecha a quien quiera ayudar a una persona que tiene un *handicap* es, ya el darse de manera celosa y captativa, como una compensación y una búsqueda egoísta de sí, ya el no amar bastante y hacer, las cosas “por deber”, lo más rápido posible, y tornarse agresivo cuando la persona se opone. Para poder amar verdaderamente, comunicar la libertad, dar su corazón a fin de que el otro tenga vida, es menester que nuestros corazones estén purificados de las raíces profundas del egoísmo y de la búsqueda de sí que llevamos dentro. Amar en verdad supone un crecimiento y un largo camino.

Una persona sola no puede amar al más débil de manera liberadora. Correría el riesgo de que su amor fuera captativo. El amor por uno más débil debe brotar de un corazón colmado. Por eso le es necesaria una familia o una comunidad, con un amor real entre las personas. Pero todavía más necesita un corazón formado y colmado por el amor de Dios; un corazón que haya descubierto el corazón de Jesús y el corazón de María, que haya experimentado el amor de Dios. Sólo entonces podrá amar libremente, con ternura.

No creo que un corazón pueda amar, amar verdaderamente, con toda la sensibilidad que ello implica, sin la presencia del Espíritu Santo. Es él quien transforma la emoción o el sentimiento en una energía de amor, amasada con presencia, con fuerza, con delicadeza, con empeño y con gratuidad.

A veces, algunos discípulos célibes de Jesús, corren el riesgo de tener miedo al corazón, a la relación con una persona débil. Como si el corazón fuese impuro y amar a alguien fuese retirarle algo a Jesús a quien se le había entregado todo. Ciertamente siempre existe el peligro de un sentimentalismo y una búsqueda de sí. Pero el don del Espíritu Santo viene a purificar y profundizar nuestra afectividad. Jesús es el maestro del amor. Es él quien no nos enseña a amar en verdad.

Y, en este aprendizaje, la persona débil tiene un papel primordial. Nos toca en pleno corazón. Es reveladora e inspiradora del amor. Jesús se sirve de ella.

En esta revelación del amor tenemos necesidad de compañía. Nuestros corazones nos tienden lazos. Se puede caer muy pronto en la ilusión. El crecimiento del amor es largo y necesitamos de alguien que nos ayude a ver claro en nuestro propio corazón.

Es necesario que roguemos a Dios que nos conceda el don de la compasión, una sensibilidad que vibre con la sensibilidad de otro y nos incite al don. Que venga a cambiar nuestro corazón de piedra en un corazón de carne.

María, Madre silenciosa y compasiva, tiene predilección por los más pobres. Está próxima a ellos. ¿No es acaso la característica de una madre amar con ternura a los más débiles? ¿No está acaso la

Iglesia llamada a asemejarse a María, llamada a tener un amor de predilección por los más pobres y los más débiles, a darles su acogida?

Jesús y el pobre

Jesús vino a habitar en nuestra tierra con hombres y mujeres pobres. Y pide a sus discípulos que caminen en pos de él, que salgan al encuentro de los pobres, que se dejen formar por ellos, que les den su corazón. Entonces reciben un don precioso: el amor del corazón del pobre, reflejo del amor del corazón de ese pobre que es Jesús, y quedan colmados.

Cuando uno se hace acogedor y vive una relación con el pobre, descubre la dimensión contemplativa del amor: cómo se esconde Jesús en el corazón de los más débiles; cómo el rostro del pobre es el reflejo del rostro de Jesús.

En la Eucaristía Jesús está silencioso, escondido. Hay que estar atento para oír su llamado: “ven, sígueme”. También el pobre está a menudo silencioso, escondido lejos de la multitud y de la sociedad, en asilos e instituciones. Hay que estar atento para oír su llamado: “ven a vivir conmigo”. Jesús nos toca el corazón si nos tomamos el tiempo de escucharlo. Jesús llama a un compromiso de ternura y de fidelidad. También el pobre llama a un compromiso de ternura y de fidelidad.

“Todo lo que haces al más pequeño de los míos, a mí me lo haces”, dice Jesús (*Mt 25,40*).

Y tomando a un niño, lo colocó en medio de los doce, y estrechándolo en sus brazos, les dijo: “todo el que reciba en mi nombre a uno de estos niños, me recibe a mí, y todo el que me recibe, no me recibe a mí, sino al que me envió” (*Mc 9,35-37*).

Esperemos que nazcan en la Iglesia muchos lugares, oasis donde el más pequeño pueda ser acogido, vivir “en familia”, y descubrir, a través de gestos de cariño, la ternura del Padre para con él; y, a través del corazón de los discípulos de Jesús, el corazón de Dios.

*Cuise-la-Motte
Francia*